

a fe cristiana. Empero en el discípulo de Jesus, y que se precia de ser hijo de María es una manifestacion lastimosa que revela cuando menos que la fe se ha oscurecido en él con las sombras del sensualismo, y que la caridad apenas anima su pobre corazon. ¿Han pensado esos hombres alguna vez en lo que es la pobreza, y en lo que la distingue nuestro Dios? ¡Ah! solícito este Señor en velar sobre todos sus hijos, los pobres son el objeto especial de su predileccion, y sobre ellos estiende sus miradas, y hace ostensible su proteccion, pues ha dicho que «librará al pobre del poderoso, y al pobre que no tenia ayudador: *et pauperem, cui non erat adjutor*. Se lastimará del pobre y del desvalido, y salvará las almas de los pobres, será clemente y misericordioso, hará oficio de padre con los pobres, consolará á los afligidos y los sacará de sus ahogos y opresion: *parcet pauperi et inopi; et animas pauperum salvas faciet*; y el nombre de los pobres será honrado, y precioso, y grandemente enaltecido por nuestro Dios que se complace con los necesitados:» *et honorabile nomen eorum coram illo*. Y porque este Señor ama la pobreza, y ha querido ennoblecerla y hacer brillar sus glorias la tuvo cerca de su cuna en Belen, nació y se recostó en sus brazos, la acompañó durante su vida mortal, y no la dejó hasta su última hora en el Calvario, y aun despues de su resurreccion. Para honrar la pobreza quiso nacer de María pobre, y á los pobres anunciaron los ángeles primero que á nadie su nacimiento, y su mision ha sido predicar el Evangelio á los pobres: *evangelizare pauperibus misit me*.

Vean, pues, los ricos si algo les interesa esa pobreza santa que miran con desden; y aprendan por Dios á considerarla como un medio poderosísimo de santificacion y de gloria. Porque la pobreza, H. M., es tan excelente que obliga á los ricos á separar su corazon, á no fijar sus esperanzas en los bienes de la tierra como si estos pudieran salvarlos, de tal manera, dice el Apóstol, «que los que compran, y son

ricos, tengan un corazon tan desprendido de los bienes de este mundo, como si nada poseyeran:» *qui emunt, tanquam non possidentes*. Es tan excelente la pobreza que reprueba todo aquello que lleva al hombre á la vanidad, que de alguna manera se opone á la modestia que tanto debe distinguir al cristiano que renunció un dia, al alistarse en las banderas de la milicia de Jesus pobre, todas las pompas y las vanidades del siglo; y por esto el Señor le dice por el Eclesiástico: «Acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de las necesidades de la pobreza en el dia de las riquezas:» *et necessitatum paupertatis in die divitiarum*. Es tan excelente en fin la pobreza que á ella están vinculados premios sin cuento, coronas inmarcesibles de gloria, recompensas inmortales, porque los que son pobres de corazon y de voluntad; los que se humillan delante de Dios, mirándose como verdaderos pobres en su presencia, «estos son bienaventurados, y de ellos es el reino de los cielos:» *beati pauperes spiritu; quoniam ipsorum est regnum caelorum*.

Comprendo, A. H. M., que estas enseñanzas tan consoladoras y sublimes para el cristiano fiel á la ley de Jesucristo, y verdaderamente devoto de la Virgen María nuestra Madre, que practicadas con religiosidad nos facilitan el camino que conduce á la morada del eterno descanso, y al reino de las verdaderas riquezas, no pueden avenirse con el espíritu de nuestro siglo materializado, siglo del cálculo y del tanto por ciento que no estima ser dichoso sino atesorando mucho oro, y multiplicando en su delirio muchos goces materiales. De aquí el egoismo de los ricos que los reconcentra dentro de sí mismos para oír con indiferencia los clamores de los pobres. Y de aquí tambien las inquietudes incesantes, y hasta la desgracia, que así la podemos llamar, de los pobres porque no conocen las ventajas y la gloria de la pobreza en que se ven sumidos.

Al pobre hoy, mas que en otros tiempos, despues de ha-

berle arrebatado su fe religiosa que era su única riqueza; despues de arrancar de su corazon la esperanza cristiana que lo hacia resignado y dichoso en medio de sus privaciones, se le dice incesantemente: mira el esplendor que acompaña á la riqueza; contempla la magnificencia de sus palacios; fija tu atencion en la suntuosidad de sus festines, en la alegría de sus comodidades y de sus placeres. A la vez de- lente á contemplar la abyeccion de tu pobreza, tus trabajos y sudores para adquirir el pedazo de pan que llevas á tu boca, la condicion miserable á que te ves reducido mirándote desheredado de los bienes y comodidades que gozan los ricos, y aborrécelos, y atenta contra ellos, y ten entendido que la propiedad es un robo. Esto y mucho mas se predica en nuestros dias por una filosofia sin entrañas que instiga al pobre á la rebelion para acrecentar sus dolores, y los dolores de sus pobres hijos y de su desolada familia.

Oigan ahora, yo se lo ruego, esos mismos pobres lo que les dice la religion que fué siempre la amiga verdadera, y la mejor defensora de los derechos de la pobreza, de esa religion santísima que no tiene aceptacion de personas, y á las que «está confiada la tutela del pobre, y la ayuda del huérfano:» *tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor.* En tanto que las riquezas están rodeadas de espinas que atormentan y destrozan el corazon del que las posee, «la pobreza nos presenta un asilo seguro, un puerto tranquilo, una seguridad perpétua, unos placeres exentos de peligros, un deleite sincero, una vida sin turbaciones y sin borrascas,» ha dicho San Juan Crisóstomo: *vita turbationum nescia, vita fluctuum ignara.* «Dichoso, añade San Ambrosio, dichoso el pobre si alcanza su dicha y los bienes preferibles á todos los tesoros:» *beata est si bona sua noverit cum veritate paupertas.* «El lujo, es verdad, dice á este propósito un orador cristiano, no alagará el cuerpo del pobre por los refinamientos de la delicadeza; pero la adversidad fortifica su alma pa-

ra sus pruebas y sus combates. Dios le ha rehusado los bienes terrenos; pero le prodiga sus gracias, y si permite que la indignancia lo haga un objeto de menosprecio, le indemniza por su ternura y por secretas é inefables dulzuras. ¿Y qué podrá envidiar al rico el pobre que conoce las ventajas de su condicion? ¿acaso sus placeres? pero el hastío y el disgusto los emponzoñan; ¿su independencia? pero él depende del engaño que dirige sin descanso sus asechanzas á su dicha, de la envidia que medita su ruina, de los elementos cuyo furor amenaza sin cesar destruir sus palacios y arrasar sus campos; ¿su lujo y la estension de sus posesiones? ¿pero qué son las posesiones mas vastas de esta tierra sobre la que ni el rico ni el pobre tienen dominio? y los artesonados dorados ¿pueden competir en magnificencia con la bóveda brillante de los cielos?» *¿nunquid pulchriora spatiosissimarum domorum aurata laquearia, quam caeli facies stellis insignita fulgoribus?* ¡Ah! no sin fundamento dice el abad de Claraval San Bernardo que «los pobres de espíritu ya pueden, en cierto sentido, llamarse bienaventurados, si se consideran cuatro cosas que la pobreza de espíritu tiene de analogia con el estado de los bienaventurados. Esa pobreza, pues, los hace impasibles, ágiles, sutiles y ricos. Los hace impasibles, porque no lamentan la pérdida de los bienes temporales, al contrario, se alegran de esto: *quia non dolent de temporalium amissione, imo de hoc gaudent.* Los hace ágiles, á saber, para seguir á Cristo: *ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te.* Los hace sutiles, ó dispuestos para entrar en el paraíso, lo cual es difícil á los ricos, esto es, á los avaros; *sicut é contra divitibus, scilicet avaris, difficile est.* Los hace ricos para comprar el reino de los cielos, y por lo tanto dijo San Agustin: Tengo algo que está en venta ¿y esto qué es? el reino de los cielos: *venale habeo ¿quid? regnum caelorum.* ¿Y con qué se compra? se compra el reino con la pobreza, la gloria con el interés ó provecho, el descanso con el tra-

bajo: *paupertate regnum, utilitate gloria, labore requies.* Comparen ahora los pobres las ventajas que les ofrece una filosofía anticristiana, antisocial y desastrosa con las que les presenta la filosofía de Jesucristo por medio de las enseñanzas de su esposa la Iglesia católica depositaria y fiel intérprete de su espíritu y de sus altísimos designios.

Ahora bien, M. A. H.; si es certísimo que la Santísima Virgen María nuestra buena y bendita Madre ha honrado y engrandecido la pobreza en Belen, sometiéndose de buen grado á sus privaciones, á pesar de su elevado origen y altísima dignidad, y en conformidad con el espíritu de su divino Hijo que, siendo verdadero Dios, no se desdenó de humillarse hasta confundirse con los mas pobres de la tierra; y que esa pobreza es necesaria y ventajosa lo mismo á los ricos que á los de escasa fortuna, ya porque nos ayuda á nuestra santificación, ya porque el amor á la misma nos proporciona consolaciones en el destierro, y nos facilita y nos promete seguridad en el camino del cielo, honremos tambien nosotros esa santa pobreza cada cual en su línea. Los ricos, poseyendo sus bienes sin apegar á ellos su corazón para desprenderse de la tierra, y acercase al cielo que es nuestra morada y atesorando con sus limosnas, con sus obras de caridad y de misericordia, riquezas inalienables en la patria celestial, teniendo entendido que «el gazoflacio, la caja de ahorros de Jesucristo, valiéndome de una espresion vulgar, es la mano del pobre,» segun ha dicho San Pedro Crisólogo: *manus pauperis est gazophylacium Christi.* Los pobres, resignándose contentos en su pobreza, y no impacientándose en sus privaciones, y diciendo con el mismo espíritu de David: «Yo soy mendigo y pobre; pero el Señor tiene cuidado de mí:» *Dominus sollicitus est mei.* Ayudador mio, y protector mio eres tú; Dios mio, no te tardes:» *Deus meus ne tardaveris.*

Alcanzadnos, Made mia, á todos estos nobilísimos sen-

timientos que Vos nos habeis enseñado en Belen honrando la pobreza, á fin de que imitándoos fielmente en el espíritu y en las obras con que habeis engrandecido esta virtud, seamos ricos en virtud en la tierra é inmensamente ricos de gloria con Vos en los cielos por los siglos de los siglos. Amen.